

## LA FIRMA

Apareció nuevamente en el sueño. Con su juventud eterna. Con la perspicaz mirada de sus ojos negros. Me pidió que la amara sin compromisos para siempre. Le dije que eso no sólo lo afirmaba de palabra, sino que era capaz de rubricarlo con mi sangre. “Hazlo, entonces”, me dijo extendiendo un cuaderno de hojas amarillas. Con metálica plumilla antigua, hendí la muñeca diestra para recoger de mis venas la tinta con la que signé la firme determinación de amarla sin sujetar su vuelo. Le devolví el cuaderno y sentí que con él le entregaba la factura de mi alma. Sonrió. Su abrazo entibió la desazón de mi renuncia a tenerla en forma permanente. Entonces, giraron en mi entorno tumultuosas imágenes en un remolino furibundo.

Abrí los ojos a la terrible vigilia de su ausencia, mientras una gota de sangre fresca resbalaba por mis dedos.

**Fermín Ramírez Gutiérrez, *Te desean flores.***



## HORA DE VENGANZA

La Emperatriz del Norte miró a su patria en ruinas. Recogió en un puño cenizas de lo que fue su reino y juró que la tempestad y la siniestra noche habrían de ser fieles cómplices en su hora de venganza. Abrió el manto que la cubría y dejó que la lluvia lavara heridas y la plena desnudez de su perfecto cuerpo. Luego, emprendió camino hacia la morada originaria de sus ancestros.

Años después, vulneró murallas enemigas al frente de numeroso ejército encubierto por tinieblas, entre relámpagos y lluvia torrencial. Cuando la noche era más profunda, el filo de su daga degolló de un tajo al enemigo tirano. Los asombrados ojos del hombre vieron, en su instante último de vida, el resplandor de la batalla que enmarcaba la prometida defenestración.

Eso pasó tiempo atrás. La luna llena atestiguó el poder y la tragedia, la ira eterna. El íntimo regocijo que da a una mujer la cobrada afrenta.

**Fermín Ramírez Gutiérrez, *Te desean flores.***



## CUÉNTALO

Cuando niño, con frecuencia tuve pesadillas. Me levantaba sobresaltado en la madrugada, entre gritos ahogados e inexplicable llanto. Mi madre, que sabía de ensoñaciones y vaticinios, me tranquilizaba acercándose a su cuerpo y, mesando mis cabellos, deslizaba en mi oído, suavemente, desde su propio sueño: “Cuéntalo. No te lo guardes. Para que no te dañe todo lo malo que te persigue en la noche, cuéntalo. Te escucho”.

Así, antes del amanecer y con ojos húmedos, empecé a decir mis primeros cuentos.

**Fermín Ramírez Gutiérrez, *Te desean flores.***

